

## **El contexto escolar: ¿obstáculo inmodificable o revisión de la práctica?**

Mariana Basso Canales<sup>1</sup>

### **Resumen**

La situación escolar actual nos enfrenta a un desafío nuevo constantemente, donde confluye la problemática de nuevos contextos sociales pero que a la vez trae problemas de años de ausencia del Estado. El presente trabajo busca ser un principio de replanteo de estrategias especialmente en comunidades muy particulares como la de las escuelas rurales. En este tipo de contextos la pobreza, el trabajo infantil y el ausentismo escolar siguen vigentes.

### **Palabras clave**

Trabajo infantil- ausentismo escolar- contexto rural- jornada completa- pobreza.

El presente relato surge a partir de una experiencia en una escuela del Paraje Boquerón donde me desempeñé desde el mes de abril en carácter de suplente de Prácticas del Lenguaje en 1º y 2º año.

Es una escuela rural, rodeada de campo y plantaciones, a la que no llegan los colectivos de línea. Solamente se accede por Rápido del Sud que para en la ruta, teniendo así que caminar tres cuadras de tierra. La escuela tiene doble jornada de ocho horas. Los cursos son pequeños en cantidad de alumnos (aproximadamente quince a veinte por curso) advirtiéndose gran ausentismo durante el año.

La experiencia que voy a relatar tuvo lugar en primer año de Secundaria. Veníamos trabajando con los alumnos el relato fantástico, acorde a la planificación que dejó la docente titular. Debíamos comenzar con cuento realista. En esta escuela la lectura es dificultosa ya que no cuentan con fotocopiadora; todos los materiales de lectura los debe llevar el docente. También se registra en los cursos en general, por comentario con otros docentes, la falta de interés en las actividades. Son cursos chicos, pero nos encontramos con que la mitad o más se resiste a trabajar en clase. Permanecen sentados charlando. Argumentan que esperan rendir a fin de año

---

<sup>1</sup> Estudiante avanzado de la carrera de Profesorado en Letras de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Se desempeña desde 2010 en diferentes escuelas secundarias tanto provinciales como municipales. E-mail de contacto: marybcanale@hotmail.com

todas las materias y que no les interesa en absoluto la escuela, ya que van porque los obligan los padres. Esta tensión es constante y lleva en muchos casos a sentimientos de frustración en los docentes. Nadie entiende por qué vienen a una escuela de ocho horas a resistirse a estudiar.

Parte de esta incógnita la resolví en la actividad que propuse sin haberlo pensado. Siempre respetando la planificación, llevé fotocopias para comenzar con el cuento “El collar” de Maupassant. En el relato una señora intenta aparentar ser integrante de una clase social más alta, por lo que concurre a una fiesta con joyas de una amiga. Al perder el collar termina arruinando diez años de su vida, debiendo ahorrar y viviendo pobremente.

Logré que leyéramos entre todos el cuento. Como pocas veces sucede y – yo no lo esperaba con este relato- el cuento les encantó. El final que a mí me parecía esperable, los asombró y hasta se rieron. Comenzamos a dialogar sobre el cuento, a ver qué les había parecido. Charlamos acerca de lo que le sucedía al personaje principal, Matilde. Al hablar acerca de las actividades que debía hacer en su nueva vida de pobre quería que percibieran que eran propias de una época, acentuando que el Realismo decimonónico enfatiza el contexto como estrategia de verosimilitud. Entonces les pregunté qué hacía Matilde al cambiar de vida. Me contestaron que echaba a su sirviente, debía lavar los platos, debía hacer las compras, y bajaba todos los días a buscar agua. La respuesta me permitió intervenir acerca de que estas acciones marcaban la clase social de Matilde (de rica a pobre), y en parte respondía a la situación de las clases pobres del siglo XIX. Les pregunté qué cosas veían que son propias de la época y que hoy ya resultan anticuadas. Contaron, por ejemplo, que cuando salía de la fiesta iba a buscar a los cocheros a los gritos, que la habían casado sus padres (lo cual me permitió hablar de la dote y de la situación de las mujeres en la época).

Para cerrar este punto, se me ocurrió agregar una actividad del Manual del Ministerio de la Nación para establecimientos educativos rurales que tienen en la biblioteca de la escuela. En la actividad se citaban diferentes acciones y se trataba de que advirtieran las marcas temporales de las mismas, en cuanto eran acciones propias de un contexto específico (clases pobres de fin de siglo), por ejemplo: llamar a gritos a los carruajes de los cocheros para volver a la casa, encontrar

deshonroso no tener sirviente y tener que “bajar todos los días a buscar agua”. Yo traté de enfatizar estos datos marcando que muchas de esas acciones ya no se realizan.

Ante esto último me interrumpió uno de mis alumnos. Comentó, en forma de broma pero sin faltar a la verdad, que una de las compañeras todas las mañanas bombea el agua en el campo. Quise retractarme de lo dicho, insistiendo en que es una forma antigua pero que aun no desapareció en muchas casas, ya que hoy todavía en los campos se sigue usando el bombeador. De inmediato se sumaron voces de otros chicos que viven también con ese sistema hidráulico. Algunos alumnos comenzaron a hablar de su vida en el campo, mostrándose entusiasmados. Decidí dejar para la clase siguiente el trabajo textual pensado para “El collar” y pasar a una actividad de producción escrita. Los alumnos que menos se suelen sumar a la clase disfrutaban a la hora de inventar un relato. Les pedí que escribieran acerca de la realidad cotidiana de los jóvenes de la zona. Pensé en una actividad para pasar al Realismo: ver qué estrategias se les ocurrían para plasmar la realidad y ver si me servían como conocimientos previos para el tema en cuestión.

Lo significativo fue que muchos comenzaron a escribir, especialmente los alumnos que más resistentes se muestran a la hora de participar. Mientras tanto, yo pensaba si realmente había hecho bien en dejarme llevar por la clase o si debería haber realizado el trabajo textual con el cuento. ¿Hasta qué punto estaba cumpliendo con mi tarea de prácticas del lenguaje y hasta donde me dejaba llevar? ¿No estaría dándoles el poder de la clase a ellos?

Creo que sucedió algo diferente. Les di el poder de la voz, desde un lugar que nunca les había pedido: su propia experiencia. De todas maneras, no me estaba alejando tanto del realismo... Además, una participación masiva, en un curso que suele interesarse poco, no era una oportunidad a desechar.

Más tarde, pedí que leyeran algunos de los trabajos realizados. Habían escrito relatando la vida de los jóvenes de la zona, pero la materia prima era su experiencia personal. Surgieron relatos que decían “copiar la realidad”. Descubrí entonces que algunos deben ir a trabajar en las quintas, donde por un trabajo de 12 a 14 horas se les paga aproximadamente cien pesos por día. Muchos habían ya trabajado en esas condiciones alguna vez y me decían que lo habían dejado porque les destruía el cuerpo, que era muy sacrificado. Tienen entre once y doce años, y ya

conocen el trabajo. Descubrí que el trabajo infantil es moneda corriente en la zona. Unos ayudan a la familia en el campo, luego de la escuela, con los caballos y la cosecha (lo que no saben es que eso también es un trabajo). Otros ayudan a sus familiares solamente en vacaciones. Un alumno dijo que maneja el tractor del vecino y que “consigue algunos pesos”.

Todo lo contaban sin asombro. Consideran normal comenzar a trabajar a esa edad. Muchos chicos son de Batán y vienen en micro porque sus padres trabajan todo el día y encuentran en esta escuela la guardería perfecta: desayunan, almuerzan y vuelven a su casa recién a las cuatro de la tarde. No hacen la actividad porque dicen que están obligados a venir, que se quieren cambiar pero que los padres no los dejan. Otros eligen la escuela porque así evitan el trabajo diario. Les quedan las vacaciones, fines de semana y feriados para trabajar, en muchos casos siendo explotados. Qué paradójico, varios alumnos tienen como día más cansador el feriado.

Esta experiencia me ayudó a advertir que no había dado el justo lugar al contexto rural. Que me había enojado, como se enojan muchos profesores en la sala de descanso, cuando comentamos cómo reiteradamente los alumnos no quieren esforzarse. Repetí con ellos que no tiene sentido que vengan ocho horas a hacer nada. Pero después de charlar con los chicos, advertí que ese “hacer nada”, sí tenía una explicación para ellos: el escudo del trabajo infantil y el escape de una casa con ausencia de padres.

El gran desafío es pensar qué hacer en un contexto de estas cualidades. Los chicos no le encuentran sentido a materias que no ofrecen nada semejante a su realidad. Esto no significa retacear todo para quedarnos en un reflejo del contexto, sino tratar de buscarle nuevo sentido a nuestra tarea. Por eso, entendí que la charla no había sido una pérdida de tiempo; me había dado nuevas coordenadas de trabajo. Decidí, como tenemos cinco horas semanales de clase (hay una hora de más en comparación con las otras escuelas por ser rural), dedicar una de ellas a leer. Busqué en la biblioteca y voy a tratar de llevarles textos que puedan tocar. Muchos no tienen libros en las casas. La hora estará destinada a intercambiar significados, sin forzarla necesariamente a una lectura para dar un movimiento literario o un autor. Para encontrar nuevos

significados, y para que hallen nuevas palabras para decir su realidad. No es una tarea vacía, porque como dice Graciela Montes: “Analfabetos de significación no hay, somos todos constructores de sentido. Y, si nos dan la palabra, todos podemos sentirnos, al menos por un rato, “el dueño del cuento” (Montes, 2006).

Por último, en la charla con los alumnos, les pregunté, especialmente a los que no suelen trabajar en clase, qué pensaban hacer luego de terminar la escuela. Todos coincidían en que no iban a seguir estudiando, que iban a trabajar. Me pareció un momento para decir: “chicos, entonces, no pierdan el tiempo cuando están en la escuela, traten de aprovecharla así consiguen un buen trabajo”. Me contestaron que lo que no querían era un “trabajo esclavizado” de los muchos que abundan en la zona. Repetí que para evitar eso necesitan la escuela. La respuesta fue negativa, no ven a la escuela como algo que evite caer en un trabajo así. Lejos de frustrarme, redefiní la visión que tengo de esa escuela. Peor sería ignorar y no querer escuchar este tipo de contestación. Hay que observar y escuchar para ver el tamaño de nuestro desafío y encontrar ya no solo significación a nuestra práctica literaria en la escuela, sino enseñar o descubrir el significado que la escuela trae consigo; replantearnos no para destruir, sino para repensar nuevas estrategias. Creo que toda escuela, y en especial la de este tipo de contexto, nos exige tener una visión de la comunidad educativa en su conjunto. El gran desafío es los chicos adviertan que la educación es un derecho a defender, no una obligación a evitar.

## **Bibliografía**

- Montes, Graciela (2006) La gran ocasión. La escuela como sociedad de lectura. Ministerio de Educación de la Nación: Argentina.
- Ministerio de la Nación (2006) Manual del Ministerio de la Nación para establecimientos educativos rurales: Argentina.